

# A RAMON, PARA

● Es con tristeza que me he puesto a releer a Ramón, ya que Ramón está muriéndose, y en la salita de la Nacional, donde el calor y los ruidos de Santiago son abolidos, me he metido de nuevo por entre sus libros. Tristeza de mí pues no tenía ninguna gana de ponerme a leer, ahora, a Ramón; tristeza por la mezquina condición de la actualidad, que obliga a aprovechar las horas de la agonía de un prójimo para fabricar la necrológica; tristeza, claro, por Ramón, que al fin de cuentas es él quien se va a morir y no nosotros, todavía.

Estoy cierto de que no faltará periodista que no acuñe con su muerte alguna greguería, si no es el mismo Ramón quien pretende que este salto mortal sea como el de un enmascarado volatinero. ¿Acaso no fue él quien dijo, allá joven, cuando subido en el trapecio agradecía su nombramiento como primer cronista del circo, que "el que os habla desde un trapecio es como el que os habla en

**N**O hay otro escritor de lengua española de quien, como de Ramón, pueda decirse que ha sido un "forzado de las letras". Vivió casi toda una larga vida —salvo la infancia todo el resto— escribiendo con tinta verde sobre papeles amarillos o con tinta roja sobre papeles verdes, infinita cantidad de páginas. Hace seis años, cuando las editoras argentinas decidieron homenajearlo, al cumplirse sus cincuenta años de creación literaria ininterrumpida, la lista de sus libros andaba por los cien volúmenes pero se sospechaba —Guillermo de Torre— la existencia de otros muchos que se han ido acrecentando en estos últimos años. Su primer libro es el de los quince (*Entrando en fuego* se llamaba y quizás Ramón no podía sospechar qué fuego infernal lo esperaba tras él) y el chorro creador de la juventud tan bien abastecido, que apenas podía desagotarlo la imprenta del Senado madrileño que él aprovechaba —un tío mediante— largando obras sucesivas. Su vida, luego, es la vida de los libros que escribe y él es, por ello, el más "literato" de los escritores que produce España, aferrado sin que ya pueda soltarse nunca, de la "faena literaria". Es un hombre al que no le pasa nada más que la literatura, pero alla con tal virulencia que no le deja un minuto de reposo. Será su pan cotidiano, en el sentido más lato, porque vivirá de ella, pero también porque en ella se resuelve y se consume. Durante casi sesenta años transformó su sangre en tinta de imprenta. ¿Le quedará alguna gota que ofrecerle a Dios ahora o deberá pasarle algún mensaje escrito? (He aquí que yo también estoy bordeando la greguería de rigor en su artículo mortis.)

En la feria dominical de libros de Santiago el librero a quien le solicito unos títulos me contesta al tiro: "No, no tenemos. Es un autor poco comercial". Tratándose de Ramón, que vivió en y por el negocio del libro, la respuesta es una gran lápida con el *Sic transit* escrito arriba. Lo observo,

el lecho de muerte"? ¿Será así lo mismo, ahora, acá viejo? Porque mientras leo se me superpone la imagen de su pieza de estudio en Buenos Aires, conocida por fotografías y descripciones: los muros minuciosamente recubiertos de fotos, recortes, objetos, sin dejar un intersticio, el techo tapizado de la más extraña flora, la pieza abigarrada de un bri-a-brac disparatado donde entra un maniquí y sus radiografías —sus últimas fotografías— todo reflejado y deformado en el más grande espejo cóncavo del mundo. Y pienso que esa pieza, donde Ramón ha escrito sin cesar durante decenios, debe estar abandonada pero presente, vigilando esa muerte, aromada de remedios, esperando el tránsito. Y pienso que el pobre Ramón, aun ahora, no dejará de pensar y maquinarse, aunque más no sea que por el acostumbamiento de tantísimos años generando humor y ocurrencias como una obligación cotidiana.



y si bien pienso que pertenece a esa raza que avallúa la importancia de los libros por la cantidad de lectores, no dejo de reconocer que, efectivamente, Ramón se lee poco, cada vez menos. En América, ya que en España parece haber adquirido una categoría oficial que el premio Juan March, recientemente, ha consagrado. Las últimas promociones se han acostumbrado a olvidar que existía. Todavía los periódicos recuerdan, cuando hay que rellenar un espacio, las "aventuras literarias" de

Ramón: su discurso sobre el elefante, su conferencia en "blanco y negro", sus excentricidades, aunque en este rubro otro español lo ha aventajado por varios cuerpos, Salvador Dalí. Pero los lectores de libros de los últimos veinte años vienen buscando otros alimentos literarios, le vienen pidiendo a los libros resonancias espirituales más hondas, agitaciones del ánimo que van más allá de la letra escrita, más allá, sobre todo, del mero ingenio, por ágil y presto que sea.

Certificar este desvío no quiere decir compararlo: no caigamos en la ingenuidad de dar valor de eternidad a la campana de la moda. Pero comprobemos que mucho, mucho de lo que ha escrito Ramón ya lo está esperando del otro lado. Yo, que acabo de releer libros como *El doctor inverosímil* y *La quinta de Palmira*, y sé del esfuerzo que cuesta, a pesar de las repentinas páginas o más bien frases de antología que restallan al pasar, podría acompañar el acta de defunción.

Pero ocurre que también he vuelto a ver sus *Retratos*, tantas veces admirables de gracia oportuna, de afinación para captar en lo pintoresco a una personalidad. Su *Azorín* o su *Valle Inclán* son verdaderos modelos de un arte que en la cultura española jamás ha tenido la felicidad que tiene en la inglesa: la biografía. Y lo serían mucho más si Ramón hubiera escrito más corto, pero ¡quién pone un dique a su verba peninsular! Y dentro del género memorialista, superficial muchas veces pero sagaz y diestro, hay que poner al Pombo y, sobre todo, esa autobiografía que él tituló bien, discretamente hipnotizado siempre por el fatal término, *Automoribundia*.

Y he vuelto a leer las greguerías. Las inventó en 1910 y quizás las esté inventando todavía: son su tarjeta de visita a la puerta del Parnaso y quizás a las del cielo. Su *Flor de Greguerías*, de 1958, es una antología muy expurgada que contiene unas 2.500, pero todos sus libros, marcados

# SU MUERTE

por ese sello o estigma del fragmentarismo, resuman greguería por las esquinas más imprevistas. Si metiéramos en el laboratorio la materia de ese centenar largo de volúmenes y lo sometiéramos a un proceso disgregativo, terminaríamos por encontrar, como átomo, como elemento irreductible a la descomposición, como unidad básica de la creación, a la greguería. Sobre esa piedrita edificó su iglesia literaria, y si con ella aseguró su sobrevivencia, en ella también tropezó más de una vez. A esta altura todos estarán de acuerdo conmigo en que es injusto medir a Ramón por la totalidad de su producción de "forzado" (es injusto medir a quien sea con semejante cartabón), sobre todo en este renglón del humorismo a reloj. He llegado a ubicar cuatro diarios en cuyos suplementos semanales Ramón aseguraba una sección permanente de greguerías: en Chile, en Venezuela, en México, en España. Conozco los sofocones de Maggi o de Pelo para mantener el ritmo; no puedo imaginarme los de Ramón, a quien sospecho siempre más confiado en sí, como buen español. Pero ¿qué nivel se mantiene con este régimen de hombre en galeras?

Y además las greguerías son llameantes hijas del tiempo, destellan en él y en él se mueren como las consabidas flores de la poesía ("En cuanto se abre, la rosa comienza a dictar testamento" es una greguería de Ramón). Cada vez que Ramón vuelve sobre sus libros anteriores y prepara la reedición, registra esta decrepitud cinematográfica: "¡Cuánto ha llovido hasta llegar a esta antología! —dice en el prólogo de sus Golleries— Por eso he retirado lo que se quedó desteñido de otoños, inviernos y de soles de verano, poniéndome un poco melancólico al hacer el desmoche, pues lo que en la época en que apareció resultaba inadmisible y me valió persecuciones por loco, se ha vuelto tan cuerdo que ahora resulta demasiado ingenuo". Y presentando su antología de Greguerías: "Entre la primera de Sempere y ésta . . . ¡qué diferencia! sólo quedan una veintena de las greguerías de aquella edición. Muchas se pusieron viejas aunque yo bien sé lo jóvenes que fueron en sus años y cómo entonces fueron perseguidas por extravagantes".

Se le mueren a montones, como bajo epidemia de cólera, y tampoco son fáciles de inventar, como él bien dice. En 1931 dirigió en Montevideo un concurso de greguerías y premió ésta, de no sé quien y que, hoy al menos, es una bobada: "Cuando las dos manillas del reloj se reúnen, es

para preguntarse: ¿Qué hora es?" Pero hechas todas estas quitas, todavía queda material que suena de buena ley, que justifica que Pedro Salinas lo haya estudiado como una forma auténtica de lo poético, y que hoy, si menos hoy, nos toca con el chasquido de un látigo de circo. ¿Acaso Góngora no le habría envidiado el verso metido en esta: "La luna: apuntador mudo de la noche"? O esta: "Lo primero que hace el sol es pegar en la tapia el cartel del día".

¿Cómo no recompensar sus veloces definiciones? "Picnic: pájaro de las excursiones", "Lápida: la última pechera almidonada", "Adolescencia: soñolosa de sello sin grabar", "Trueno: caída de un buúl por las escaleras del cielo". Y dejando de lado las más habituales que recogen el chisporroteo ocurrente de la vida, conviene recordar aquellas otras donde ríe sobre el filo del grotesco o sobre los presentimientos definitivos: "La ametralladora suena a máquina de escribir de la muerte", "Si no fuésemos mortales no podríamos llorar", "Somos lazarillos de nuestros sueños", "En los ecos de nuestros pasos en la madrugada resuena la fosa de nuestras pisadas", "Hay en el ver llover copiosamente una voluptuosidad de muertos que saben que viven aún".

Sí, es un creador, aunque menos paradójico y estrafalario de lo que él mismo creyó, o acaso el tiempo se haya encargado de acercarnos su invención enrevesada hasta conseguir meterla en nuestra vida cotidiana. ¿Qué le importó sobremanera? Las cosas, su relación insólita y oculta, en un mundo radicalmente moderno, y ello establece su parentesco con la ola surrealista de la que pudo ser fundador por derecho y prefirió ser compañero distante. Supo hacer vivir esas cosas que nos rodean, lograr que las sintiéramos entremezcladas con nuestros organismos, disparadas por el resorte de un humorismo que nos permitía rescatarlas dentro del absurdo, el ridículo personal. Acercó su mirada, como a través de una lupa, a lo cotidiano, y salvó, en el arte, en un afán tesonero y discreto de trascendencia espiritual, la minucia en que se ocupa muchas horas de nuestra corta existencia, desde la afeitada matutina hasta las tareas mecánicas de la oficina, o los mil incidentes curiosos de la vida doméstica. Eso es muy positivo e incluso admirable, si no fuera que se quedó en eso, y, por observar el gesto atrapado bruscamente en la instánea, se descuidó de la fluencia viva y creadora del hombre que fotografiaba. El fragmentarismo le permite atrapar ese gesto, pero no le alcanza para atrapar

a ese hombre, y se lo pierde: con él se pierde sus esperanzas, sus ambiciones, sus locuras más grandes.

Una de las tendencias más pertinaces del siglo, consiste en buscar la contrapartida opuesta de las teorías y los caracteres, hasta armar bien el gran galimatías interpretativo que ha devenido el XX. Ese que es un orgulloso y un prepotente, en el fondo, se dice, es un tímido. Y ese otro que ha asesinado a la madre, en el fondo es un niño desamparado. Y hasta de Don Juan se ha pretendido que era un homosexual, en potencia, claro está. ¿Cuál es el envés de Ramón? El contestaría, con alarma: "Señor, yo no tengo de eso". Estoy de acuerdo: no tiene reverso, porque no tiene profundidad, espesura en que pueda ubicarse: él es la admirable superficie que despliega un juego pirotécnico que encandila. En definitiva su mundo es estético, y cuando eso no nos baste, él no nos bastará.

Ahora Ramón se ha muerto. El telegrama sobre el diario lo anuncia. Quien lo hizo es evidente que nada sabe de Ramón y acumula los datos que homologan todas las vidas humanas. Ramón nació en 1891, no en 1888 como allí dice, y es verdad que casó con Luisa Sofovich, que cuando la guerra civil se afincó en Buenos Aires y que luego volvió a España donde fue bien recibido. No recuerda que hizo entonces infortunadas declaraciones políticas, él que nunca había tenido que ver con esos menesteres. Por eso mismo fueron desdichadas, por no haberlas aprendido de joven, por hablar de lo que no sabía ni, en definitiva, le importaba. Pero en un mundo donde ya el nefelibatismo no es permitido él se había quedado atrás y emergía a destiempo, torpemente. Esto tiene que ver con las limitaciones imperiosas de su arte, a que antes me refería. Ahora se terminó todo, y sólo queda esa antología de su obra que con el tiempo se irá haciendo cada vez más delgadita. Creo que le quedarán suficientes hojas para que su nombre no se olvide. A él le hubiera dolido mucho, aferrado a la propiedad y originalidad de su intento. "Los espejos están azogados con los ojos muertos", "Los recuerdos encogen como las camisetas". Pero también es cierto que "Los grandes reflectores buscan a Dios" y por esa búsqueda andaba también Ramón descubriendo un mundo mágico entre la pequeñez de los objetos cotidianos, mientras remaba como un forzado en las galeras de tinta de imprenta. Quizás en el fondo, él buscaba la paz. Que sea toda tuya, Ramón.